

jaba escuchar en el fondo de su conciencia, le decía:

—¡Es tarde!

XVI

Las ideas de Pedro Meillant.

El conde de Meillant estaba dotado de una excelente memoria, que no le engañaba nunca. Una vez apoderado de un nombre, de un hecho, de cualquier detalle, por insignificante que fuese, lo retenía para siempre.

Pero entre todos los hechos coleccionados por la memoria del joven doctor en quince ó veinte años de estudios, había uno que brillaba entre los demás como una estrella de primera magnitud en medio de una nebulosa: este hecho era su encuentro con la desconocida de la plaza de Clichy un año hacía.

Al salir del cementerio de Montmartre de enterrar á Luisa Souvray, volvió á la calle de Douai, sin encontrar á la joven desaparecida, cuya ausencia le parecía más inexplicable cuanto que creía en la virtud de aquella.

Una carta de su madre, llamándole precipitadamente á su lado, le arrancó de aquellas preocupaciones que le atormentaban. Después estalló la guerra, se alistó en el ejército y la suerte le llevó lejos de los lugares en donde pudo haber encontrado á la desconocida.

La muerte de su madre le hizo abandonar

á Francia, viajando para olvidar y afirmar su decisión para el porvenir. Pero la imagen de la joven le seguía obstinadamente á todas partes.

De pronto la encontró delante de él, pero con otro nombre. No era Margarita Souvray, era María Magdalena: lo afirmaban la duquesa, M. Godet y todo el mundo.

El misterio rodeaba su origen.

Pedro de Meillant llegó á creer que era juguete de una ilusión, pero sin embargo, Margarita le había producido esa impresión que no permite engañarse, equivocando con otra á la mujer amada.

¡Amada! El conde sonreía al pronunciar involuntariamente esta palabra. ¿Se puede amar á una mujer á quien se ha visto un solo momento, con quien solo se han cruzado algunas frases vanas y de la que se ha estado separado meses enteros por las causas más tristes que pueden abrir un abismo entre el pasado y el presente? La razón decía: «no:» el corazón respondía: «tal vez.»

Pedro de Meillant no había podido desechár de su espíritu la imagen de aquella desgraciada joven á quien solo vió durante algunos minutos. Verdad es que al cumplir la obra de misericordia en que se empeñó á consecuencia de aquel encuentro, había oído hablar de ella. ¡Y de qué manera!

Luisa Souvray tenía siempre este nombre en sus labios: «Margarita,» pronunciándole con cariño en medio de sus mortales angustias. Y cuando él se mostraba indignado por la ausencia en tales momentos

de la que llevaba aquel nombre, Luisa la defendía en términos que atestiguaban su ardiente cariño y á la vez una profunda admiración.

—¡Es preciso que haya muerto... no la conocéis... Es un modelo de virtud!

Y ahora aquella Margarita estaba allí, como una aventurera, con nombre supuesto.

¿Cómo desapareció? ¿Qué fatalidad la había alejado del lecho de muerte de su hermana? ¿Es que había dos seres tan semejantes en el mundo, que podían confundirse en la estatura, en la cara y en la voz?

¿Cómo saberlo? ¿Cómo salir de aquella duda que le atormentaba?

Pedro Meillant creyó haber encontrado el medio de conseguirlo, acordándose de Mr. Godet, que tenía verdadera predilección por aquel heredero de Maillepré, á falta de hijos del matrimonio del duque Juan y de la duquesa. La ocasión era fácil de encontrar.

Al día siguiente, paseándose á caballo por el bosque Mr. Godet y Pedro, le preguntó éste:

—¿Quién es esa señorita de compañía que tenéis en Maillepré?

Al hacer esta pregunta, no sabía que llevaba á Mr. Godet á su terreno favorito.

—¡Ah!—contestó sonriéndose Mr. Godet, —¡ah! señor abate! ¡Hemos fijado la atención en esa bonita persona! ¡Mi enhorabuena! ¡Será una deliciosa penitente, eh!

—Deliciosa, en efecto, pero no os preguntó cómo es...

—¡Un tesoro!... ¡Una perla!...

—Os pregunto de dónde viene.

—¿Y qué te puede interesar que una joven venga de este ó del otro lado cuando piensas tomar las órdenes sacerdotales?... Hay que evitar las tentaciones, joven neófito, y María Magdalena es una tentación furiosa.

Pedro de Meillant puso la mano sobre el brazo del viejo.

—Miradme bien—dijo;—no soy accesible á la tentación; soy frío como el hielo. Pero soy curioso, y esa joven ha picado mi curiosidad.

—No ha sido á tí solo. Mira á Lignerés, que está perdidamente enamorado. ¡Ah! ¡Si ella pudiese arrancarte tus estúpidas ideas!...

—Volvamos á Lignerés.

M. Godet bajó la voz, como si se tratase de revelar un secreto grave.

—En confianza, te diré que ha querido encargarme de una misión... de interceder en su favor cerca de María Magdalena, y he rehusado.

—¿Por qué?

—Por que no me agradaba... Está loco... quiere casarse.

—¿Con ella?—exclamó Meillant,

—¿Por qué no?

—¿Y qué piensa ella?

—No quiere oír hablar de matrimonio.

—¿Os lo ha dicho ella misma?

—No, me lo ha dicho Lignerés.

—Eso me extraña...—dijo sencillamente Pedro Roger;—sería un partido inesperado

para ella que, después de todo, no tiene nombre, ni familia, ni un céntimo.

—¿Eres también como los demás?—gritó Godet casi colérico.—¿Eres como esa vieja Lignerès, llena de preocupaciones? ¿No encuentras hermosa á esa joven? ¿No vale quizás más no tener padres conocidos, es decir, ser tal vez hija de príncipes, que serlo de cualquiera de los muchos estúpidos que conocemos? ¡Ah! ¡si yo fuera joven! Pero no tenéis sangre en las venas.

—Yo no os pedía tanto — dijo el conde aparentando indiferencia.

—¿Pues qué queréis saber?

—Sencillamente, dónde estaba esa joven antes de venir á esta casa.

—¿No te lo ha dicho tu tía?

—Sí, pero me agradaría que lo confirmáseis.

—¡Vaya una idea! Estaba en Rusia!

—¿Desde cuándo?

—Hacia dos ó tres años.

—¿Por qué salió de allí?

—Porque se aburría. Después se alistó como enfermera durante la guerra.

—Ya lo sé. ¿Buscaba la muerte?

—Tal vez.

—¿Era desgraciada?

—Sin duda.

—Os lo ha dicho ella?

—No. Es un rumor que ha llegado hasta mí, no sé cómo.

—Sabeis si ha vivido en París?

—No lo creo, á no ser de muy niña, cuando estaba en el colegio.

—¿Es eso todo lo que sabeis de su historia?

—No, caballerito, no es eso todo. Sé mucho más, y si quisiera, os admiraría.

—¿Cómo?

—Diciéndote que María Magdalena no es una advenediza, que viene de buen origen...

—¿Tendrá algún protector poderoso?

—Tal vez.

—Que velará por ella, y que después, cuando ménos lo espere, le caerá de las nubes una fortuna.

—Es probable.

—¿Y creéis que ella lo ignore?

—Absolutamente; estoy seguro de ello.

—Esto es muy novelesco.

—Hay muchas novelas en la vida, señor abate en ciernes,—dijo el viejo poniendo su caballo al trote largo.

Los dos amigos no pronunciaron una palabra hasta llegar al palacio.

El conde reflexionaba después de haber almacenado cuidadosamente en su memoria las noticias suministradas por M. Godet, haciendo las deducciones naturales de aquellos datos.

Empezaba á dudar de que la protegida de la duquesa fuese su antigua conocida.

Recordaba haber oído hablar á su madre de disentimientos en el matrimonio Maillepré y de la separación de los esposos, á la que siguió la muerte del duque en el extranjero.

Las insinuaciones de M. Godet, relativas á la posibilidad de que María Magdalena se

encontrase el día menos pensado poseedora de una fortuna, sus reticencias sobre el origen de esta muchacha, le hicieron sospechar que esta protegida de la duquesa, fuese hija del duque y de alguna joven seducida por él. Su viva imaginación forjó en seguida la novela de aquella existencia ignorada.

La mujer seducida muerta, el fruto de la seducción educado secretamente, la duquesa conoedora de todo, levantando tempestades en el lugar. Así se explicaba la separación y la muerte, accidental ó voluntaria, en lejanos países. ¡La eterna historia de los amores adúlteros!

Las frases ambiguas de M. Godet, su entusiasmo por María Magdalena, no se explicaban sino como un efecto del cariño que siempre había profesado á los Maillepré, y la ternura de la duquesa no era más que el cumplimiento de la última voluntad de su marido, porque la señora de Maillepré no tenía amigos ni parientes que le hubieran podido confiar semejante misión.

Pedro de Meillant, con la lógica de su espíritu sereno y recto, reconstituía el pasado con tanto acierto como el sabio arqueólogo reconstruye una ciudad desaparecida con algunos fragmentos desenterrados al cabo de los siglos, ó un animal antidiluviano con una parte de su esqueleto.

Pero lo que le torturaba era la certidumbre, que en vano trataba de desmentir en su ánimo, de que María Magdalena era la misma joven que encontró en París, llamada Margarita Souvray, y que, por lo tanto, era

una intrigante, una embustera que usurpaba un lugar que no le pertenecía. Este era el punto oscuro que necesitaba aclarar.

Cuando llegaron al castillo, M. Godet se retiró inmediatamente á su cuarto, mientras el conde, absorbido en la resolución de aquel problema, vagaba por el parque. Al dar la vuelta á una de las alamedas, se detuvo ante un banco, en el que estaba sentada Margarita con un libro en la mano.

El conde estuvo á punto de llamarla por su verdadero nombre, empleando ese recurso infalible de la policía para sorprender á los criminales. Es muy raro que el culpable no se haga traición á sí mismo por un movimiento involuntario, al oír pronunciar su verdadero nombre; pero el joven no consideró digna de él semejante extratagema.

—Señorita...—le dijo, aproximándose á ella.

Margarita levantó la cabeza.

—¿Vos aquí, señor conde?

—Me considero dichoso por haberos encontrado. ¿Estais sola?

—Ya lo veis. Blanca acaba de abandonarme.

—¿En dónde está?

—En el pabellón... en el centro del parque...

—Ah!... Bien... Ya sé. ¿Qué hacíais por aquí?...

—Poca cosa. Este calor es abrumador.

—¿Dormíais?...

—No faltaba mucho.

—Vamos, animaos un poco... Un sol tan

hermoso no puede engendrarla melancolía. Parece que habéis sido desgraciada....

—Es verdad...—murmuró la joven.

—Y que habéis sufrido mucho por causas que ignoro....

—¡Ay!...

—¿Queréis pasear un rato?—preguntó el conde, sonriendo.

—No tengo dificultad—contestó la joven, sintiendo oprimirse el corazón, en la duda de lo que iría á decirle.

—M. Godet me ha hablado mucho de vos—dijo, después de caminar un corto trecho silenciosos.—¿Por qué estabais tan afligida cuando os encontró M. Godet, que tiene á orgullo el haber sido el primero que os vió cuando llegábais á Maillepré?

—Como llegaba á un país en donde no conocía á nadie....

—¿No habeis sido enfermera en las ambulancias del ejército?

—En efecto, lo fui.

—Pudimos habernos encontrado, porque yo era médico en el ejército de Metz... ¿En dónde habeis estado?

—En Orleans, en Beaugency, en Dijón y en las cercanías de Besanzon...

—¿Teníais una amiga?...

—Sí, una joven á quien lloraré siempre... Murió... ¿Por qué no moriría yo en su lugar?...

—¡Vos! ¿Y por qué?

—Porque yo era más desgraciada que ella, que al menos podía tener confianza en el porvenir,

—¿Y vos?

—Yo, no,—dijo moviendo la cabeza.

—¿Era de vuestra edad?

—De la misma. Si la hubiéseis conocido, la habríais admirado. Era un ángel de bondad y de hermosura.

—¿Rubia ó morena?

—Ni rubia ni morena: tenía el cabello castaño claro.

—¿Como el vuestro?

—Es verdad.

—¿Y su talle?

—Parecido al mio. Había entre las dos muchos puntos de semejanza: sus ojos especialmente eran del color de los míos.

Pedro de Meillant no desperdiciaba uno solo de estos detalles, registrándolos en su memoria.

—De modo que aquella joven murió...

—Herida por un proyectil de obus.

—¿En dónde?

—En un pueblo del distrito de Ornans, hacia la frontera de Chapelle-aux-Ifs.

—¿Y fué enterrada allí?

—Sí, gracias al cura...

El conde sabía bastante sobre el particular, y no creyó oportuno por entonces preguntar más á la joven, cuya turbación era bastante. Quería conocer toda la verdad, pero sin avergonzarla y evitándole torturas inútiles. Su rostro manifestaba tanta indulgencia, que Margarita Souvray, sintiéndose atraída por él, iba recobrando poco á poco la confianza.

—¿No fuisteis á París—preguntó después

de un instante de reposo—algunos meses antes de la guerra?

Margarita contestó con un gesto equívoco, que lo mismo podía tomarse por una afirmación que por una negación.

—Yo estuve allí—dijo él sin insistir en su pregunta.—Por cierto que me sucedió una singular aventura. Una noche volvía de casa de un compañero por la plaza de Clichy, ya tarde, cuando pasó á mi lado una joven alta como vos... Le dirigí la palabra. No sé, la verdad, cómo me atreví, porque soy muy tímido con las mujeres; pero la joven me había impresionado mucho, y me pareció muy interesante... Es imposible que tengais idea del desaliento de aquella pobre muchacha: era la desolación en persona. Quizás esto me dió valor. ¿Me escuchais?

Diciendo esto, dirigió una rápida mirada á la hija del coronel, que se había puesto lívida.

—Me dijo—continuó el conde—que vivía en la calle de Douai... que tenía una hermana menor agonizante. Yo adiviné un infortunio inmenso; le ofrecí mis servicios como médico y me permitió ir á verla al día siguiente. En efecto, fuí, y encontré á la enferma en un estado de agitación indecible... Su hermana no había vuelto... y la infeliz enferma se entregaba á toda suerte de conjeturas. Me acordaré toda mi vida de la sublime confianza con que la pobre niña defendía á su hermana ausente, á la que no debía volver á ver. Estas dos jóvenes habían tenido mejores tiempos... Su padre era un honrado militar que debía tener alguna

fortuna.. La enferma, llamada Luisa Souvray, me hizo algunas confidencias que he olvidado después...

El conde mentía en esto, pero tenía sus razones para callarse respecto á aquel punto.

—Continuad—dijo como en tono de súplica la joven.

—¿Os interesa mi aventura?

—¿No le interesaría á cualquiera lo mismo?

—Tal vez. La fortuna de las dos hermanas había desaparecido no se sabe como, sin quedar de ella más que algun que otro vestigio en la triste habitación en que agonizaba la más joven, víctima de la implacable tísis... En fin; estuve veinticuatro horas al lado de aquella pobre niña, que me habló como si hubiese sido su hermano, contándome su infancia, la de su hermana, que nunca se había separado de ella y á la que adoraba, sus desdichas. Al caer la tarde espiró puedo decir que en mis brazos. Yo había llegado á ser su amigo... Esperé un día más y su hermana no pareció. ¿Qué le había sucedido? No he logrado saberlo.

Acompañé solo el cadáver al cementerio, en donde le compré una sepultura, haciendo grabar en la piedra su nombre, y después volví á mi casa pensando en tan extraña aventura. Poco á poco llegué á formar mi juicio, convencíendome de que algún miserable debió robar á aquellas niñas, reduciéndolas á una miseria tanto más cruel, cuanto que habían tenido una posición desahogada. Después... ¡quién sabe! Quizás se suprimió á

la víctima que hubiera podido quejarse... ó ella misma, desesperada... buscó en la muerte un consuelo á sus penas.

—¿Y después?...— preguntó ávidamente Margarita.

—En seguida volví á mi vida ordinaria, y olvidé esta historia, que no sé por qué os he contado.

El conde no miró á su compañera, adivinando quizás las lágrimas que derramaba en silencio, y los suspiros que se esforzaba por contener, dejándola en la creencia de que nadie la había visto llorar ni oído sus suspiros.

En esto se presentó M. Godet, acompañado de las señoras de Lignerés y Maillepré y de Blanca, y agitando un periódico, dijo dirigiéndose á la pareja:

—¡Hay novedades! Tenemos otro prefecto en Bourges.

—¡Bah!—dijo Pedro con indiferencia.—¿Qué prefecto será?

—Algún jacobino, ó peor todavía... algún renegado. Un esbirro de la alta policía.

—¿Cómo se llama?

M. de Serigné.

Pedro de Meillant volvió la cabeza.

—¿Cómo decís?

—Un tal de Serigné. ¿Le conoces acaso?

El joven conocía perfectamente aquel nombre, guardado en una de las innumerables celdas de su cerebro: se lo había enseñado la pobre Luisa Souvray. Pero no retrocedió ante una segunda mentira, tan inofensiva como la primera, al ver temblar á Margarita.

—Esperad... no... no le conozco. ¿Cuándo llega?

—Dentro de una semana.

—Bien—pensó Pedro para sí.—Tengo tiempo.

Y añadió en voz alta:

—No tardaremos quizá en vernos honrados con su visita.

Mr. Godet balbuceó algunas frases que no debían ser muy favorables para el nuevo prefecto del Cher.

Blanca Carol entre tanto experimentaba una verdadera explosión de alegría y pensaba:

—Me lo prometió... y viene. No me engaña. Todo lo hace por mí.

Y aproximándose á Margarita la miró, vió sus ojos húmedos y cogiéndola del brazo le dijo:

—¿Llorais? ¡Ahora que soy dichosa!

—¿Dichosa?—murmuró la joven.

—Sí.

—¿Por qué?

Blanca se empinó sobre las puntas de los pies y dijo á su compañera al oído:

—El viene, y le amo. ¡Silencio! Ya os lo contaré todo.

XVII

Madre é hijo.

Roger de Lignerés había visto al conde de Meillant en conversación con Margarita y les siguió con la mirada en su paseo por el

parque. Cuando la joven llegó á la gran avenida, el antiguo oficial estaba al lado de monsieur Godet, á quien acompañaban la señora de Lignerés y la duquesa, y á las cuales se unió Blanca después.

Roger advirtió la turbación de Margarita; pero no conociendo la causa, sintió celos del conde, bien que estos celos no pudiesen tener funestas consecuencias entre dos hombres que se estimaban y se querían como ellos, no teniendo más resultado que avalorar á los ojos de Lignerés el mérito del objeto de su amor y decidirle á asegurar la posesión de él.

Pero necesitaba, ante todo, convencer á la marquesa de la necesidad de aquel matrimonio para conservar la armonía entre ella y su hijo, y después obtener el consentimiento de la principal interesada, de María Magdalena, rebelde al matrimonio.

No habría el grupo caminado cincuenta pasos cuando Roger llamó á su madre, diciéndole:

—¿Me queréis conceder cinco minutos?

La marquesa miró á su hijo antes de contestar. Desde las confidencias de Roger, madre é hijo vivían, por decirlo así, en una especie de paz armada.

—¿Tienes algo que decirme?

—Sí.

—¿Es asunto grave?

—Bastante.

—Soy contigo.

Roger añadió:

—Si la señora de Maillepré quiere escu-

charme al mismo tiempo, se lo estimaré mucho.

La viuda frunció el entrecejo, porque conociendo el afecto de la duquesa por la joven María Magdalena, no dudaba de que ayudaría á su hijo; así es que la recusó con empeño. Pero como Roger había pronunciado de intento en alta voz sus últimas palabras, la duquesa las oyó y dijo:

—Soy todo oídos, querido Roger. ¿De qué se trata?

—De lo siguiente: Creo no deciros nada nuevo al manifestar que no pienso permanecer soltero toda mi vida.

—Me parece muy bien—dijo la duquesa.

—He resuelto, pues, casarme, y pronto.

—Os felicito con toda el alma—dijo la duquesa.

—Bueno es casarse—rectificó la de Lignerés,—pero es necesario saber con quién.

—No ignorais mis intenciones....

—¿Y persistes en ellas?...

—Y aun pudo afirmaros que no cambiarán nunca.

—Perfectamente. ¿Y tu pretendida, insistes en las tuyas?

—Por desgracia. Por eso precisamente deseaba que la duquesa asistiese á nuestra conversación, para rogarle que intercediese en favor mio....

La duquesa miraba á los dos interlocutores, observando el desagrado y la exasperación que producían en su prima la señora de Lignerés los propósitos de su hijo.

—Duquesa,—añadió Roger—concededme lo que os pido.

—Desde luego; pero olvidáis lo más interesante; es decir, darme á conocer á vuestra pretendida.

—¿No la conocéis?

—Quizás, pero por conjeturas,—dijo la duquesa sonriendo.—¿Será, acaso, María Magdalena?

—La misma.

—¿Ha tenido el talento de convenceros tan pronto de sus méritos?

Roger de Lignerres habló entonces con la elocuencia y el fuego del amor, recordando la escena en que le habia dicho: «No tengo más que un nombre, me llamo la Caridad», exponiendo á la duquesa las malas tentaciones que le inspiraba la soledad de la vida campestre, en que le recluía su madre; su deseo de conciliar el respeto debido á la autora de sus días con las distracciones propias de un hombre de su posición; sus gestiones para encontrar mujer, y por último, su encuentro con María Magdalena, sus instancias y la oposición de la joven al matrimonio, concluyendo con esta palabra, que era la fórmula de su porvenir:

—Ella ó nada.

Las dos mujeres se miraron en silencio.

La madre de Roger lo rompió, exclamando:

—¡Eso es una insensatez!

La marquesa replicó sencillamente:

—No lo creo así. Si te opones por cuestión de dinero, eso se arregla.

—¿Qué me importa el dinero?—exclamó Roger.—No es una dote lo que quiero, sino una mujer, y entre las mujeres solo quiero á una: á ella.

—Yo,—dijo á su vez la marquesa—no desprecio el dinero indispensable para sostener el rango; pero hay una cosa que pongo sobre todas las demás: ¡el honor!

—¿De qué honor habláis?—dijo Roger.

—Del honor de un nombre que debe conservarse sin mancha.

—Las tiene el sol.

—En la familia de Lignerres—prosiguió la viuda—no he visto que ninguno de vuestros abuelos se haya decidido á casarse con una mujer sin nombre... Nuestros padres eran personas de buen juicio—siempre los he juzgado así—pero...

—¿Qué?—preguntó el enamorado joven.

—Pero tú eres mayor de edad, dueño de tus actos... Eres libre para elegir... No quiero que me acuses un día de haberte hecho desgraciado: he cumplido mi deber.

—¿Y no os opondréis?

—No, si los hechos os dan la razón contra mis presentimientos.

—De modo—dijo la duquesa—que solo falta el consentimiento de María Magdalena.

—Yo os ruego que lo obténgais.

—¿Y tú? querida—preguntó la duquesa á su prima.

—Puesto que es preciso... dijo suspirando.

Se alejaron en silencio, encaminándose hacia el palacio.